

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

3

Honorato Vázquez

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"



1952

13007 215 infan

HONORATO VAZQUEZ

Latía en lo más profundo del alma del pueblo el deseo de santificarle en vida... Y era, en verdad, un Santo que sufrió mucho y se perfeccionó en la Belleza: su figura de hombre eminentemente bueno superaba a la del poeta...

Pasaba por las calles de la ciudad soleada y parecía que hasta el ambiente se hacía más suave para premiar su paso... Sus "buenos días" eran unos buenos días de cristal... A todos saludaba cordialmente y entregaba el mensaje de amanecida de su voz que tenía el prestigio de los surtidores que perfuman el aire con su solo sonido... Para todos era la delicia armónica de su saludo, incluso para el ave mañanera que cruzaba el cielo o para la primera brisa trayendo desde los caminos lejanos un perfume de geranios y retamas...

Sufrió a lo humano, y por eso la inefable claridad de su sonrisa era sólo la tristeza transformada en verso... Cuando intento en mis recuerdos infantiles ha-



llar otra expresión bondadosa igual a la de Honorato Vázquez, pierdo inútilmente en la búsqueda: la suya era la única que sabía copiar a cabalidad los efectos de Madre Tristeza cuando visita los espíritus exquisitos y perfectos... No sé si decir que su sonrisa entristecida era más poética que su poesía... Esa sonrisa que tiene en los poetas no sólo actuales nostalgias, sino recuerdos de todos los tiempos, nubes de todas las edades, lágrimas de las más antiguas soledades...

En sus ojos se había aposentado la noche: él la fué poblando mansamente de estrellas... Pastor de tristezas cordiales, escogió el sufrir para sus adentros y la gracia de la bondad para los otros... Sus pupilas retrataban paisajes interiores de especial tristura, pero musicalizada ya, melodizada, bellamente traducida al exterior, de tal manera que miraba y nacían las flores, y se multiplicaban las vertientes mínimas, y era un ser de alas casi más angélicas que de humanos pensamientos...

Para él debería crearse la Parábola del Buen Sembrador que fué sembrando rosas y cosechando lágrimas... El mundo le fué incomprensivo, sobre todo ese mundo íntimo que cura las heridas vitales o las vuelve más hondas todavía... En toda su poesía aliena este espíritu triste de corriente copiando idea de ocaso: a veces, sólo a veces, unas alas, unas nubes que pasan, y siempre la voz que se quiebra en sollozos o se eleva en la humareda humilde hacia la altura que tiembla con los primeros contagios de lo obscuro...

Honorato Vázquez era todo él poesía... Sobre su vida o sobre su muerte se podría poner cualquier acontecer becqueriano: la golondrina que teje sus arrullos

en la enredadera de flores lilas, y luego se marcha por la atracción de la distancia... El arpa dormida en el cuarto sellado... Lo inasible del fantasma querido que pasa los umbrales del sueño dejando un perfume más allá de los perfumes... El agua que canta un romance en pura nostalgia... La tarde que pone ojeras en los cristales pálidos de las ventanas...

Por más belleza que encierre su expresión poética, es casi imposible saborearla del todo si no se conoció a Honorato Vázquez en su tránsito humano... El hombre era más bellamente triste que la estrofa... El ser sufrido amorosamente abrigado en su capa era más grande que la melodía... El Santo, por voluntad unánime del pueblo, era más hondo que cuanto sus manos dejaron en los papeles... En sus ojos de inmensidad nostálgica vivía una pura noche del alma, igual a cualquiera de esas que el de la Cruz llevara a la mística, pero diferente de ellas en que ésta era humana, cerca de nosotros, tan cerca que de sólo mirarla ya estaba de rodillas el alma... Presencia su presencia triste y bella, como esos sueños que pasan apenas rozando con sus alas el pensar... Ahora que se ha ido parece una imagen de leyenda y, no obstante, este Santo de la diáfana sonrisa triste pasó por tierra cuencana y la purificó para siempre...

Su poesía tiene la tristeza de las tardes cuencanas: es un sencillo cofre de golondrinas, de suspiros y nostalgias...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

AMOR FIEL

Oigo perdida en la desierta calle
una voz que, entonando su cantar,
gime, convulsa en gritos de agonía,
de la lluvia al monótono compás.

La oye la luna, mas la luna es muda
y anda vagando allá en la inmensidad;
la escucho yo, mas si escucharla puedo,
no puedo ajenas ansias acallar.

Unos oídos hay, para ellos canta
ese cantor que vaga en la ciudad,
mas suena en ellos esa voz cual suena
el viento en una losa sepulcral.

No hay corazón que salte a esos gemidos,
que el corazón aquel ya muerto está...
Vuelve a tu hogar, cantor: allí te aguarda
—¿quién?... —Tu perro que aulla en tu zaguán...

EL YARAVI

Trémulo el sol se hundía
tras las montañas,
mientras de un triste sauce
entre las ramas;
dentro las ramas,
una torcaz oculta
sola arrullaba.

Entre el tenue follaje,
casi en secreto,
mansamente corría
remiso el viento:
tan triste el viento,
que no rumor, sollozos
eran sus ecos.

Y plumas de los nidos
con hojas secas,
a su vuelo cayendo
iban dispersas;
iban dispersas
arrastrándose luego
sobre la arena.

Tan leve como el viento
que entre los sauces

gime al venir la noche
vagando errante,
triste y errante,
entre nidos deshechos,
plumas fugaces;

Tal de tus armonías
las notas vagan
en incierto revuelo
dentro del alma,
dentro del alma,
sepulcro donde yacen
dichas pasadas.

Recuerdos son tus quejas
de aquellas horas
que en la niñez pasaron
bellas y cortas;
¡ay, Dios, cuán cortas,
en el hogar oyendo
tus dulces notas!

Y allá, bajo otro cielo,
¡cuán triste y dulce,
es entonar tus ayes
viendo las cumbres,
lejanas cumbres
que del paterno campo
al cielo suben!

Lejos del hogar nuestro,
sólo tenemos
de él las dulces notas
que, al son del viento,
y con el viento,
años atrás cantamos
en nuestro huerto.

Cuán tierno es a tus voces

sentir rodando
por nuestra faz marchita
gotas de llanto,
íntimo llanto
por las prendas del alma
que allá dejamos.

¡Oh, qué triste, es entonces
decir: —Mi casa,
¿cómo estará? Mi madre
y mis hermanas,
¡pobres hermanas!,
¿cantarán lo que canto?
¡Ay, dulce patria!

¡Quién me diera, Dios mío,
por un instante,
como la golondrina,
sólo una tarde,
sólo una tarde
volar a cantar triste
junto a mis padres!—

A las faldas de un monte
hay una aldea,
y allí, entre capulies,
blanca una iglesia,
y tras la iglesia,
la cruz de un cementerio
sobre la yerba.

A un tierno pastorcito
oí una tarde,
clamando ante un sepulcro:
"Querida madre,
óyeme madre,
si sólo estás dormida,
despierta, es tarde".

Después, sentóse triste
bajo de un árbol,
y un rondador del seno
sacó, y llorando,
su mal llorando
el rondador campestre
llevó a los labios.

Tocó un yaraví, de esos
que antes cantaba
con la madre: inocente,
tal vez pensaba,
tal vez pensaba
con sus lúgubres sonos
resucitarla.

No sé si ha respondido
la muerta madre,
mas desde entonces baja
todas las tardes,
todas las tardes
al cementerio el hijo
con sus cantares.

Ya al son de la vihuela,
ya al de la flauta,
del rondador campestre
dentro las cañas,
dentro las cañas
donde con el aliento
se vierte el alma;

Yaraví de mis campos,
voz de la pena,
que con el dolor mismo
dolor consuelas,
si así consuelas,
yaraví de mis campos,
¡bendito seas!

¡PIENSA DE TARDE!

Niña, a la luz de ocaso amarillenta,
el alma a solas con dolor medita;
cuando quieras amar, piensa de tarde,
viendo morir al sol tras las colinas...

Piensa de tarde, cuando triste suena
el canto postrimero de las brisas;
piensa de tarde, cuando van y vienen
piando las inquietas golondrinas.

Mira la flor en tu jardín amado
sobre el follaje pálido rendida;
oye el gemir del vespertino viento,
mira caer las hojas desprendidas.

Y en tanto escucha dentro de tu pecho,
cómo doliente el corazón palpita,
mientras vacilan en tus negros ojos
lágrimas, como ardientes, indecisas.

Alza tu vista al torreón adusto,
donde se ostenta, tétrica y sombría
la cruz del campanario, do sollozan
las campanas, con quejas repetidas.

Alza la vista al cielo, ve sus nubes,
mira su inmensa soledad tranquila,
piensa en lo que hay tras él, piénsalo y llora...
llora, y entonces ama, ¡vida mía!

SOMBRAS

¿Qué queréis las sombras
de la tarde en mi alma?
—Ponerte en lo oscuro,
pedirte plegarias.

—Mas, ¿el sol que nace?...
—Es sol de esperanzas.
—¿Vosotras?

—Venimos
cuando el sol se apaga,
cuando todo muere
y, afligida el alma,
nos ve como velos
de cumbres lejanas,
tras las que se sueñan
tierras de una Patria
donde el sol no muere,
donde el sol es lámpara
que alumbra perenne
la vida del alma...

AMOR Y MUERTE

I

Murió una niña ayer, y el alba frente
la madre coronóle de azucenas,
las mismas azucenas que brotaron
en los jardines de la niña hoy muerta.

Lamentaban los padres la partida
de la hija de su amor, y las estrellas
iban brillando en el azul del cielo,
apagada del sol la luz postrera,

Cuando en fúnebre doble las campanas
anunciaron, tañendo lastimeras,
que, entre cortejo silencioso, el cura
el cadáver llevaba hacia la iglesia.

II

Es de noche; en el templo solitario
tan sólo un cirio pálido chispea
en torno del cadáver de la niña,
bañado por su lumbré macilenta.

Oíd, oíd zumbido misterioso
entre el crespón que de la tumba cuelga;
oíd, oíd: se acerca, se retira;
ya fuerte se oye, ya se escucha apenas.

Y en tanto vuelve a chispear el cirio,
y a balancear su lumbré tremulenta,
y a dar luz en un giro, y luego en otro
a obscurecer el antro de la iglesia.

Ved cómo de la fúnebre guirnalda,
marchitas ya, las blancas azucenas
pliegan su seno, se desmayan, mueren,
de la niña en las sienas macilentas.

Ya se acerca el zumbido, y en las flores
trémula posa una dorada abeja,
y en triste acento, desmayando el ala,
así dice a las muertas azucenas:

—Dormida estaba en vuestro casto seno,
en el jardín... No vino el aura fresca
de mi apacible sueño a despertarme;
despierto ahora, entre vosotras muertas...

El cáliz, donde miel siempre libaba,
marchito está, y aunque halle en la pradera
otras flores, no quiero ya la vida
si murieron mis blancas azucenas...

—También quiero morir, también me muero,
el cirio dijo a la cuitada abeja;
tú por la flor que miel te diera, mueres;
tú me diste mi ser en la colmena...

La abeja bajó entonces de las flores
a la faz de la niña jardinera,
y desde allí, zumbando condolida,
fué a la luz del cirio macilenta.

El insecto tendió las leves alas
sobre la lumbré que irradiaba apenas;
la luz se estremeció, se oyó un crujido,
el cirio se apagó, murió la abeja.

MI ESCUELA

Corta la heredad materna,
y, cual corta, así cuidada,
que aun el dón de su verdura
cortés le niega a la grama.
Pocos árboles en ella,
sino los viejos que guardan,
sombra y frutos que tuvieron
para mi madre en su infancia.

En las lindes y caminos,
allí grupos de retamas,
capulies y morales
sembramos con mis hermanas.

Pródigos en fruto y flores,
asilan en la enramada
aves comensales nuestras,
que con cantos nos regalan.

Inclinada entre rosales,
en la colina, una casa,
como se inclinan las madres
cuando a sus hijos abrazan.

Humo constante en el techo,
desmadejado en las auras,
sube del hogar, llevando
penas que se hacen plegarias.

Es que allí dentro se sufre,
es que allí dentro se ama,
y si no es para consuelos,
piadosa la lengua calla.

Es que allí dentro presides,
reinas tú, madre de mi alma,
maestra ayer con tus besos,
hoy maestra con tus lágrimas.

Santa maestra, esos ojos
que inquietan dentro de mi alma,
al cielo luego, piadosos,
cuando me miras, los alzas.

Ya conozco ese camino
que de los tuyos arranca...
Providencia y amor mío,
no me falten tus miradas.

LAS GOLONDRINAS

En torno del campanario
revuelan las golondrinas,
como si fiestas hiciesen
a la cruz que lo domina.
Ya muestran la negra pluma
si hasta el suelo se deslizan,
ya el blanco pecho, si inquietas
tienden el vuelo hacia arriba,
y arremolinando el giro,
en voz desacorde pian
al son de las campanadas
del toque de Avemarias.

Asomado a mi ventana,
sigue su vuelo mi vista,
en tanto que en mi alma ondea
mar de tristeza infinita.
Yo no sé de dónde brota
en emanación continua
el caudal de las tristezas
que inundan el alma mía,
y más en mis soledades,
y más cuando el sol declina,
y más al mirar el vuelo
de traviesas golondrinas
al melancólico acento
del toque de Avemarias...

La noche cuelga sus velos
y trémulas escintilan
las estrellas en las nubes
de la bruma vespertina,
y en ondas agonizantes
cruza la extensión tranquila
del cielo, el último golpe
del toque de Avemarias;
y una a una van entrando
las inquietas golondrinas,
de la torre de la iglesia
en las arcadas sombrías,
de donde la turba alada
tan sólo el rumor me envía
de unas alas que se pliegan
sobre polluelos que pian.

Juveniles ilusiones,
nidadas de golondrinas,
infatigables viajeras
que revoláis indecisas,
inciertas aspiraciones,
tristezas del alma mía;
volad también hacia el templo,
que, al pie del ara bendita,
dormiréis místico sueño
para despertar tranquilas,
más arriba de las nubes,
de los astros más arriba...

AMOR DE UN ANGEL

I

Canto Soñando

Amor mío de mi vida,
casto ensueño,
manojito de claveles,
entreabiertos
en la aurora de mi dicha,
tras la noche de mi duelo,
tras la nieve y las tormentas
de mi invierno.

En mis manos temblorosas
te contemplo,
y tu rocío y mi llanto
entremezclo,
y al devorarte mis ojos
mis labios guardan silencio,
miedoso de que te seques
con mi aliento.

¿A dónde se van dejando
tallos yertos,
los aromas de las flores
con los vientos?

¿A dónde se van, Dios mío,
esas lágrimas que siento
subir de mi alma a mis ojos
en silencio?

Manojito de claveles
entreabiertos,
si te han de secar mis labios,
muere presto;
que al llorarte con el llanto
en que toda mi alma vierto,
nos juntamos en la muerte
para hallarnos en el Cielo.

LA VIRGEN DEL CEMENTERIO

No, no es el viento que pasa
el que sacude las yerbas
que alfombran del cementerio
la muda extensión desierta;
ni por acaso allí pían
las golondrinas viajeras,
vagando sobre las cruces
en los sepulcros enhiestas;
ni, por alumbrar la noche,
asoman luna y estrellas
tras las lumbres desvaidas
que en el ocaso se amenguan.

¡Avemaria!, solloza
el alma en los Cielos puesta;
y los muertos, ¡pobres muertos!,
¡Avemaria!, dijeran,
con gemidos de nostalgia
por una esperanza eterna...;
mas su pecho ya no late,
mas está muda su lengua;
y de las plantas brotadas
desde el fondo de la huesa,
palpitación de las tumbas,
ese follaje que tiembla
es la muda Avemaria
de los muertos de la aldea.

No sé lo que por mí pasa
cuando al salir de la iglesia,
con la oración vespertina
bullente aún en mi lengua,
oigo apagados sollozos
entre esas plantas que, yertas,
alzan el tallo a los Cielos,
y, al fin, tristes, lo doblegan,
desengañadas, cautivas
todavía de la Tierra,
resolviendo su amargura
en olor que el aura lleva.

Estrellas que váis de viaje,
¿qué conversáis con las yerbas,
enredadas con las cruces
de las tumbas de la aldea?
Golondrinas que, pasando,
subís y bajáis inquietas
del cementerio y las nubes,
¿qué buscáis, volando inciertas,
entre los astros que pasan
y entre los muertos que esperan?

"Soy resurrección y vida",
dicen unas grandes letras,
en la cruz que el cementerio
misteriosa señorea.
Es que, en medio a la nostalgia
de los Cielos y la Tierra,
va la esperanza viajando,
impalpable mensajera.

¡Avemaria!, los vivos
el alma en el Cielo puesta;
¡Avemaria!, las tumbas
ocultas bajo la yerba;
y Maria, allá, sus plantas

arriba en la luna llena,
discurriendo silenciosa
entre las mudas estrellas,
que más que estrellas parecen
ojos fijos en la Tierra,
sobre los vivos que olvidan,
sobre los muertos que esperan...

HERRERO

El sol ha muerto ya, vienen las sombras,
temblorosas relucen las estrellas
y, turbando el silencio de la noche,
gime el toque doliente de la queda.

Todos duermen; mas ved que, infatigable,
alguien, entre las sombras, aún vela:
es el herrero que en el yunque hiere
el ascua roja que en sus manos tiembla.

No necesita luz, que el hierro ardiente
llama al martillo, gime y centellea,
que imperturbable el brazo se desploma
y el redoblado golpe nunca yerra.

¡Ay! en la oscura noche de mi vida
para mi corazón prendo una hoguera:
vengativo la enciendo y, vengativo,
me arranco el corazón y ¡caiga en ella!...

¿Padeces infeliz? Pues, sufre y calla.
¿Sangre destilas ya?... Caiga en tu afrenta
el golpe que se ensaña en tus heridas,
te desescoria cruel, y te modela.

Curiosos que pasáis en mi alta noche
y acecháis femeniles a mi puerta,
¡retiráos!... Los goces os reclaman,
dejadme en mi taller con mi faena!...

BOCETO

Es la tela de un insecto
por el viento descompuesta;
y de ella pende, temblando,
de un rosal una hoja seca.

Deseáis rosal e insecto
deciros ¡qué confidencias!...
mas, llega el viento, os separa,
y os dice "calfad"... y vuelat...

INSOMNIO

La escena es en un campo,
la hora, media noche.
Silencio en los contornos
de enrarecido bosque,
si no es vaga oleada
de lánguidos rumores
de la onda que en las piedras
el Tomebamba rompe.

Arriba va la luna,
astro que, siempre insomne,
aunque tan lejos viaje
de los que abajo lloren,
con luz besa los ojos
si el llanto los corroe;
caritativo astro
que, en lo áspero de montes,
de rocas y de abismos,
hace que, por las noches
los tules de su lumbré
agracien cuanto toquen.

Abajo, entre los árboles
que, al viento, sobrecogen
el sueño de las ramas,
en vaivén de fulgores
de una rojiza lumbré
entre las sombras corren.

Lleguémonos al cuadro.
Formando cruz, enormes
maderos que aún fluyen
la savia de los bosques.
En torno, sólo piedras
que, en ásperos montones,
logran de fresco césped
los una y los adorne.
Prendida allí una hoguera:
la atiza, casi inmóvil,
don Gil Ramírez Dávalos,
doliente aquella noche—
don Gil, el caballero
que, cual de estirpe noble,
con el linaje de alma
hace el vivir concorde;
don Gil que, a la mañana
de aquel día, postróse
por tierra y, adorando
la cruz en aquel bosque,—
fundó Cuenca en las vegas
de Paucarbamba, —nombre
que en la virginea historia
y hablar de los mayores
expresa "campo hermoso
de amenidad y flores".

Mira la cruz devoto,
rojiza entre jirones
de luces de la hoguera
y conmovido rompe:

—Bajo tu cruz, oh Señor,
hoy la espada y el arado
el circuito han trazado
de una ciudad que en loor
de tu gloria he consagrado.

Y en el primer surco abierto

del terrón dejó al abrigo
vid primera y primer trigo
que germinará el desierto
místico pacto contigo.

Pocos son los que me siguen,
también ellos se desvelan:
luciérnagas que revuelan
parecen y se persiguen
las luces de los que velan.

Gozad, hidalgos de España,
sonreíd alborozados;
que improvisada cabaña
junta a proeza tamaña
misioneros y soldados.

Mas, vuestro banquete de hoy
ay! si a la esperanza alienta,
con dolor temiendo estoy,
cual presintiéndolo voy,
que loca ambición desmienta.

Ya que el cimiento ponéis
de la iglesia y del hogar,—
por vuestro honor, —lo podéis;
por vuestra virtud, —debéis
de ambos hacer un altar.

Timida, inocente raza
del Paucarbamba en la orilla
es la que hoy se os humilla:
lleva más que una corona
en la fe la pobrecilla.

Ya nó la enseña gloriosa
que gualda y rojo despliega,
cobije en lid horrorosa

por falange valerosa
verdugos en la refriega.

Borrad la infamia que os marca
ante esta turba, que aun llora
en esta amena comarca
a su rey que en Cajamarca
murió víctima expiadora.

Español, tengo rubor
de tan cruel remembranza.
No vuelva ya ese furor,
aduérmame esta esperanza.
Reina en paz ¡oh Dios de amor!

Doña Blanca!... Tu solar
fué en Cuenca, ciudad de España.
Pues por ti crucé la mar,
tu recuerdo ha de llevar
la que el Tomebamba baña.

Por unos dias ya idos,
y el presente tan veloz,
estos recuerdos... y ¡adiós!
pasen a la historia, ungidos
en un bautismo los dos.

Calló el caballero;
bajó la cabeza,
chispeando en los ojos hundidos
la luz de la hoguera.

La luz tembleteaba
en llamas inciertas;
ya agitada, ya débil, lamia
en torno la arena.

Al viento que gime
allá en la arboleda,
le hacen ritmo las ondas del río
que llora y se aleja.

Absorto Ramirez
parece durmiera;
pero nó, que en los ojos despiertos
las lágrimas tiemblan.

Al peso se rinde
de honda tristeza
aquella alma, esa noche, en esa hora,
fundada ya Cuenca.

¿Por qué así le enluta
la pena tal fiesta?
Dentro el cráneo, colmena de duelos,
recuerdos revuelan.

Blanca se llamaba
la airosa doncella
a quien, alma encendida en amores,
don Gil se rindiera.

Y Blanca lo amaba,
mas los padres de ella
le negaron de su hija la mano,
y él vino hacia América.
Mas, Blanca viuda,
viuda en su pena
recatóse del mundo: —un convento
franqueóle una celda.

Fragmentos son los que siguen
de las quejas solitarias

en que vaciaron entrambos
la amargura de su alma:
a solas él en la orilla,
a solas ella en su estancia,
al ver el azul incierto
de la mar que ciñe a España,
mirando las duras rejas
a un convento remachadas.

EL

Como una sombra amiga
más... como sombra tuya,
doquiera que te encuentres
te siguen, triste y mustia,
una esperanza muerta,
una ilusión difunta.
Si tienes miedo, corre;
si compasión, no huyas.

En alta noche, quedo,
mientras duermes, murmuran
gemidos con el viento
que en tus ventanas zumba,
gemidos dolorosos
que, aun cuando tú no escuchas,
dolientes peregrinan
dentro tu estancia oscura.

Tú no comprendes nada
de mis eternas luchas,
nunca sondear pudiste
en esta mar profunda,
donde mi oculto llanto
cuajó la perla oscura
de tu amor imposible,
de mi pasión viuda.

Serenos ves mis ojos,
hallas mi lengua muda,
y en tanto, el alma mía
es noche ya profunda;
mas nó cuando tu imagen
por mi memoria cruza,
como entre negras nubes
la solitaria luna.

Espiga de esos campos
esbelta como rubia,
henchida de ilusiones
la frente blanca y pura;
Blanca del alma mía,
espiga rubicunda,
si nó calor mis labios,
déte mi llanto lluvia.

¿Tú?, flor que aroma el aire,
¿yo?, arroyo que se enturbia,
ni reflejarte puedo
en linfa tan impura;
y luego la corriente
que hacia la mar me empuja,
y luego, flor tan blanca
y luego, agua tan turbia.

La roca era tan alta,
tan árida y adusta;
sus huéspedes los rayos,
su único amor la lluvia.
Después, la lluvia en nieve
se congeló en la altura,
y nubes misteriosas
velaron esas nupcias.

¿Qué miro yo en los cielos
y en noche tan oscura?

La estrella que ella mira
esto mis ojos buscan.
Un astro solitario
nuestras miradas úna,
y el brillo de mis lágrimas
en sus tinieblas luzca.

Vamos... viajemos juntos,
asoma ya la luna...
subamos... y en los cielos
nuestras almas se únan;
enciéndanse en los astros,
asfixiense en la altura,
soñemos, Blanca mía,
con sueños de ultratumba...

ELLA

Ya no me sigas ¡huye!
¡cuánto el decirlo cuesta!
Heridos por el rayo
los montes se deshíelan.
Es tarde..., dos torrentes
vierten las cordilleras,
y por opuestos valles
siguen lejanas sendas...

Se juntan los arroyos
sólo en la mar inmensa;
mas, esa mar oscura,
mas, esa mar desierta...
Allá al confin... ¿no miras?
¡qué tristes las riberas,
riberas del sepulcro
¡ay! cómo me amedrentan!...

Lée esa carta, llévate
el eco de mis penas,

lée, si tanto me amas,
sintiendo cual sintieras
si tú tanto me amaras
y yo estuviera muerta,
lée esa carta, escrita
con sangre de mis venas.

Mañana inolvidable
es la mañana aquella.
A orar, triste yo entraba,
salías de la iglesia.
"Adentro está Quien me ama
—dijísterme— y te espera."
Entré y ante el Sagrario
la luz brillaba apenas.

Entré y el alma mía
fué mar que a esa ribera
lanzó el caudal gigante
de ensueños y de penas.
Lloré a mi Dios, —no entiendo
qué dije en la suprema
congoja de mi alma,
pero salí serena...

Creíste no te amaba
porque oculté mis penas,
porque seguir no pude
contigo aquella senda.
Mas sabe, amigo mío,
mas... nó... nunca lo sepas,
¿a qué?... viene la noche
eterna de la ausencia.

Si alguna vez me buscas
y amante me recuerdas,
vuelve otra vez, te ruego
vuelve, vuelve a la iglesia.

"Adentro está Quien te ama"
gritaré de mis rejas,
y lloraré cual lloro
mis lágrimas acerbadas.

Tu nave irá engolfada
en una mar inmensa,
de mi recuerdo haz ancla
atada en tus cadenas.
Del claustro, por la noche
buscaré en las estrellas
la más lejana y sola,
para llorar con ella.

Años después en el claustro
en Cuenca, ciudad de España,
coronada de azucenas
era Blanca sepultada.
Y el doliente caballero,
entre el fragor de las armas
iba el corazón cargando,
enterrado en la coraza.

Surgiendo de lo hondo
y oscuro de su alma,
mustio, yerto y en torno a la lumbre
ya casi apagada,

con tanto recuerdo
que su alma acibara,
solitario gimiendo su pena,
don Gil así exclama:

El viento nocturno
llora entre las ramas.

Peregrino, adelante, adelante!
no tienes posada.

La hoguera cuán presto
vacila y se apaga...
Ese viento que llora en las sombras
dialoga con mi alma.

De fiestas y bailes
música lejana
confundida entre el ritmo que al viento
le da el Tomebamba,

callad, os suplico:
de una voz amada
vagas notas, conciertos del cielo,
sin fin se dilatan.

¡Aromas del valle,
quejas de las aguas,
aleteos de aves que pian
y huyen espantadas,

concierto inefable
que en el aire vagas,
viajador por los cielos... detente
adentro de mi alma!

Abismo sin fondo,
sima solitaria
guardará del fragor de tus ecos
triste resonancia.

El viento se aleja,
y aun queda una vaga
voz que, dentro de mí, misteriosa
me llora, me habla.

Responden mis ojos
que en llanto se bañan
y que, en vano, en el negro horizonte
hunden las miradas.

La hoguera en cenizas
dispersas se apaga
y el postrero calor moribundo
a mi aliento lanza,

cual postrer suspiro,
cual el tuyo, Blanca,
que, en mensaje de besos, me trae
el viento en sus alas.

Mas... ya poco a poco
oriente se inflama,
ya clarea la aurora; despierta
corazón, ya basta...

La aurora primera,
mi ciudad amada,
te matiza de luces sutiles,
de aromas te embriaga.

Cómo con sus luces,
cómo disputaras,
Blanca mía, nacida y ya muerta
en Cuenca de España.

Y Cuenca que hoy naces,
a la historia pasa
y a esta cruz preste riego perenne
aquí el Tomebamba.

Que te amen tus hijos,
y nutran tus aguas
el laurel que en tus vegas germine:
¡la gloria te aguarda!

Últimas estrellas
tiemblan como lágrimas,
son tus ojos despiertos arriba:
¡buenos días, Blanca!...

HUMILDAD

A Alirio Díaz Guerra,
a propósito de su poema Ecce Homo.

Vuelve a sentir como el dichoso niño
que el frío de la aurora desafía,
engolfado en los prados donde tiemblan
las gotas de rocío pensativas.

El sol de Dios al justo, al delincuente,
al torpe, al sabio, a todos ilumina:
siéntate al sol y entenderás que es sabio
quien ante Cristo calla y se arrodilla.

¿El habló de los niños? Nada saben
¿El habló de los lirios? Les envidia
ese gran rey que, aun hoy, desde su gloria,
hacia los lirios de la tierra mira.

"Si no aceptáis mi reino como niños,
al reino no entraréis", nos dijo un día
el Jesús a quien buscas, que a tu lado
a tus dudas responde con caricias.

Crée en él. Hoy, velado en flor de hostia,
hombre Dios surgirá con su justicia.
Vive El cual juez y como padre espera:
mi fe pongo a sus pies, tú pon la lira.

Ay! no temples sus cuerdas moribundas
en himno de una duda que horripila.
Nuestro Señor aguarda ¡Díes irael...
Templa tu lira a férvida alegría.

Y entonces, más sabrás de lo que sabes,
que de la duda la infecunda espina,
si en tierra humilde ahinca, siembra luego
simientes de nostalgias infinitas...

VILLANCICO

¡Qué trigo! ¡Qué trigo
nascido en Belem!
¡Qué branca la espiga
que destila miell
Non las avećicas
le facen placer:
ángeles revuelan
por cima de él,
cual si cobdiciasen
la espiga comer.

—Decidme, angelicos
decid para quién
á tal trigo cresce
destilando miel?

—Nón para nosotros,
para el ome es.

—E vos non habedes
partecica dél?

—Non, non recibimos
tan alta merced.

—Guay de mi infelice!
¿e'yo he de comer
pan que cobdiciades
y vedado os es?
Indigno me fallo,
e mejor fuiré

do gima mis males
lejos de Belem...

—Oh! non, pobrecillo,
omildoso sé:

gime cabe el trigo,
e come de él.

—Enfermo me fallo.

—Melecina es.

—Oh! non la merezco.

—Por ende es merced.

—¡Oh trigo del Cielo,
nascido en Belem,
en la mi amargura
mi panal de miell!

Al suelo mi testa
rendida la vé,
en riego de planto
mi ánima verter!
Flaquescen mis fuerzas,
sustento me sé,
¡Oh trigo, mio trigo,
trigo de Belem!

HECES

I

Todo ha pasado ya: de aquella fiesta
sólo queda el olor de la mañana,
ese olor de las fiestas que terminan
con la primera luz de la alborada.

Flores que mueren en el vaso tristes,
y lumbres que, en pavesas ya se apagan,
polvo que el baile deja vagabundo
en el ambiente de vacía estancia.

Niños que duermen, hombres habladores,
mujeres de cansancio arrebujaadas,
puertas que se abren, gentes que se salen,
fugitivas parejas que se abrazan.

Heces de vino al fondo de las copas,
heces de pena en las desiertas almas;
olor de vino en los mojados bordes
y sueños sobre incógnita esperanza.

II

Mediodía... Despiertan los dormidos
de aquella bulliciosa trasnochada,
laxitud de alma y cuerpo, entre los nimbos
de una luz ida y de otra luz que pasa.

Recordar lo que fué, candor de sueños,
recordar lo que fué, ruidos de alas,
que del banquete vuelan y se alejan,
aves que huyen al sol de la mañana.

Paladear amargo de un banquete
que deja acibar cuando ya se acaba,
ver tras dulces mentiras de la noche,
surgir el corazón sin su mortaja.

Sentirse todo uno desvaído
al borde de una sima que se traga
la vida con su rápido alborozo,
el corazón con muertas esperanzas.

III

Así te vi, lucero de la aurora,
entre las sombras de la noche vagas;
así te vi, lucero tembloroso,
te busqué al mediodía, y no hallé nada.

Despertar de banquetes ideales,
ver tu puesto vacío ya en mi casa,
y por todo consuelo ver por donde
guió tu paso tu ligera planta.

Violetas sembré donde anduviste,
con lágrimas regué las tiernas plantas;
cuando nacieron las primeras flores
con mis besos quedaron resecaadas.

¡Ay llámame a tu lado y allí quede
rota a tus pies de mi dolor el arpa;
tú eres reina, yo hasta hoy vasallo tuyo,
tú dueña de las lágrimas de mi alma!